

VIII

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (IV)

Institución de la Eucaristía. — La fe en la presencia real en los primeros siglos. — La Misa primitiva.

La Eucaristía constituye la parte más esencial y noble de la oración del cristiano y al mismo tiempo el punto culminante de su culto.

Cuatro veces hallamos en los libros del N. T. el relato expreso de su institución por Cristo: en los tres evangelios sinópticos y en la primera carta a los Corintios de San Pablo.

San Mateo dice así (XXVI, 26-28):

«Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y partió y dióselo a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo y dióselo diciendo: Bebed de él todos porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de los pecados.»

San Marcos (XIV, 22-24):

«Durante la cena, tomó Jesús pan y, bendiciéndole, lo partió y dióselo. Y cogiendo el cáliz, dando gracias, se lo alargó: y bebieron todos de él. Y al dárselo, díjoles: «Esta es la sangre mía, del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos.»

San Lucas (XXII, 19-20):

«Después tomó el pan, dió gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

San Pablo (I Cor. XI, 23-26):

«Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado, y es que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traídoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad, y comed: éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz después de haber cenado diciendo: este cáliz es el nuevo testamento es mi sangre: haced esto, cuantas veces le bebiereis, en memoria mía. Pues todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz: anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.»

LA FE EN LA PRESENCIA REAL

De las palabras citadas creemos que se deduce con evidencia la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía.

Se cuenta del célebre O'Connell que estando hablando un día en el Parlamento inglés con ciertos anglicanos, uno de ellos se atrevió a decirle: «Se necesita ser un imbécil para creer que Jesucristo está en el pan consagrado». O'Connell no se inmutó. Miró con calma al que acababa de proferir palabras tan hirientes para él y se contentó con decirle. ¿Qué se necesita ser imbécil para creer eso? Pues entonces pídale usted cuentas a Jesucristo».

Hablaba la verdad serena por él.

El católico no cree porque así lo diga la razón, ni porque lo atestiguan los sentidos, ni porque así lo enseñe la humana Filosofía... Todas estas se callan aquí y enmudecen ante el misterio. Cree porque así lo afirmó Cristo y esto le basta.

El dijo abiertamente: este es mi cuerpo», «este es el cáliz de mi sangre». Ciertamente: Si Cristo no lo hubiera afirmado tan categóricamente ni los católicos ni nadie lo creyera jamás. Es algo tan extraordinario y nuevo que nunca se nos ocurriera... Pero él ha hablado y ante su palabra nos inclinamos.

Si es irracional, si es de imbéciles creer en la Eucaristía, el primer irracional e imbécil sería el mismo Salvador. ¿Se atreverán a tanto los negadores?

La fe de los primeros cristianos

La primitiva Iglesia es, como no podía ser menos, eco fiel de las enseñanzas de los Apóstoles.

Todos los documentos que han llegado hasta nosotros de aquellos remotos tiempos y que, de una manera o de otra, se refieren a la materia, o suponen manifestamente, la presencia real y ello es lo ordinario, o positivamente la afirman.

San Ignacio Mártir habla de los herejes llamados docetas que atribuían a Jesucristo un cuerpo aparente, fantasmagórico, no real y físico y los refuta precisamente por el dogma eucarístico:

«Se apartan de la Eucaristía, dice, y de la oración porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador, la que padeció por nuestros pecados, la que resucitó el Padre» (Carta a los de Esmirna, VII, 1).

A los *filadelfios* añade:

«Esforzaos, por tanto, por usar de una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar como un solo Obispo junto con el Presbiterio y con los Diáconos consiervos míos; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios» (c. IV).

Y a los *romanos*.

«No siento placer por la comida corruptible, ni por los deleites de esta vida: el pan de Dios quiero que es la carne de Jesucristo del linaje de David, y por bebida quiero su sangre que es caridad incorruptible» (VII).

La *Didaché* dedica, en su brevedad, dos capítulos, a la Eucaristía, el noveno y el décimo. El primero es algo así como una preparación para comulgar y el segundo una acción de gracias después de la comunión. Manda que *"nadie coma ni beba de aquel manjar sino los bautizados en el nombre del Señor, pues dicho está: No deis lo santo a los perros"*.

En el capítulo catorce, incluso habla de ella como del único sacrificio del cristianismo:

«Reuníos cada día del Señor, el Domingo, para partir el pan y dar gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.

Todo aquel empero que tenga contienda con su prójimo, no se junte con vosotros hasta tanto que no se haya reconciliado a fin de que no se profane vuestro sacrificio.

Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro porque yo soy rey grande, dice el Señor y mi nombre es admirable entre las naciones» (XIV, 1.2.3).

San Justino. Es un gran apologista del que más abajo haremos especial mención. En la persecución de Marco Aurelio (163-267) fué detenido por *ateo* y llevado ante el tribunal con algunos de sus discípulos. Todos confesaron valientemente a Cristo y murieron gloriosamente por él.

La acusación de *ateísmo*, muy extendida entre los gentiles, estribaba en la obstinada negativa de los fieles a adorar y ofrecer sacrificios a los dioses paganos. La de *crueledad* tenía su origen precisamente en las reuniones o ágapes fraternos de los

cristianos en donde celebraban la Eucaristía y participaban de la comunión del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Mezclando ideas incoherentes y confundiendo torpemente las cosas, se había extendido la voz entre los gentiles de que los cristianos comían carne humana en las referidas reuniones. Por eso las llamaban convites de Tieste, aludiendo a la fábula conocida de Atreo, rey de Argos, quien por vengarse de aquel héroe mitológico le había presentado en un banquete los miembros de sus dos hijos descuartizados.

Nos interesa de un modo particular la refutación hecha por el gran apologista de esta última calumnia porque en ella es cabalmente donde nos da las más preciosas noticias sobre la Eucaristía y liturgia cristiana en aquellos remotos tiempos.

Dos pasajes aduciremos: En el primero nos describe lo que podríamos llamar la *Misa bautismal* y en el segundo la *dominical*. En la primera habla abierta y categóricamente de la Eucaristía como verdadera participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, y en la segunda, nos expone las ceremonias y ritos litúrgicos de la misma *Misa*, en su tiempo, de la que es continuación evidente la nuestra de hoy.

Helos aquí:

Misa bautismal

«Hecha la ablución (el bautismo) del que confesó su fe adhiriéndose a nuestras doctrinas, le conducimos al lugar en que se hallan reunidos aquellos a quienes damos el nombre de hermanos. Entonces recitamos en común frases fervientes por los allí congregados, por el neófito y por todos los otros en cualquier lugar en que se hallen, con el deseo de alcanzar, lo primero el conocimiento de la verdad y después la gracia de practicar la virtud y de guardar los mandamientos, a fin de obtener la salud eterna. Una vez concluidos los rezos nos damos el ósculo de paz.

Acto seguido preséntase al que preside la asamblea, el pan y la copa del agua y del vino. Los toma en sus manos y alaba y glorifica al Padre del Universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y hace una larga eucaristía (acción de gracias), por estos dones que de él hemos recibido. Al final de las preeces y de la acción de gracias, responde todo el pueblo a una voz: Amén. Amén significa en hebreo: así sea.

Cuando el que preside ha realizado la Eucaristía y todo el pueblo ha contestado, los ministros que llamamos diáconos distribuyen a todos los asistentes el pan, el vino y agua consagrados y lo llevan a los que están ausentes.

Nosotros damos a esta comida el nombre de Eucaristía, de la cual no puede participar el que no crea en la verdad de nuestra doctrina, ni haya recibido el baño de regeneración y remisión de los pecados y no vive según los preceptos de Cristo. Porque esta comida no es para nosotros la de un pan ordinario ni la bebida es como las otras; sino que al modo como nuestro Salvador Jesucristo, encarnado por la virtud del Verbo de Dios asumió la carne y la sangre por nuestra salvación, así el alimento consagrado por la

oración formada con palabras de Cristo, ese alimento que por asimilación debe nutrir nuestra sangre y nuestra carne, es la carne y la sangre de Jesús encarnado. Esta es nuestra doctrina. Y en efecto: los Apóstoles en sus Memorias, llamadas Evangelios, refieren que Jesús les dió estas instrucciones: Tomó el pan y después de dar gracias dijo: "Haced esto en memoria de mí. éste es mi cuerpo" Tomó asimismo la copa y después de dar gracias dijo: "Esta es mi sangre" y a ellos solos les dió» (LXV y LXVI).

Habría advertido, sin duda, el lector la importancia excepcional del pasaje referido. Recordemos que está escrito a mediados del siglo II de nuestra era, esto es, cuando aún vivía probablemente San Policarpo y algún otro de los discípulos directos e inmediatos de los Apóstoles.

En él se expresa claramente y sin distinguos, la fe cristiana de la primitiva Iglesia respecto de la Sagrada Eucaristía: *"el alimento consagrado por la oración formada con palabras de Cristo es la carne y la sangre de Jesús encarnado"*.

"Esta es nuestra doctrina", añade el apologeta y da la razón de ella: No es la ciencia, ni la perspicacia del ingenio, ni la filosofía o el testimonio de los hombres como dijimos al principio, el que nos lo hace creer así, son las palabras inequívocas, las enseñanzas de Jesús que nos transmitieron los Apóstoles y que lo afirman expresamente: "Este es mi cuerpo", "esta es mi sangre", "haced esto en memoria mía."

Nada de metáforas ni de epiqueyas; la palabra de Dios sin restricciones ni glosas.

La Misa dominical

Es el oficio litúrgico de los fieles de la época, en la celebración del día del Señor de que nos habló la Doctrina de los doce Apóstoles (XIV).

Dice así:

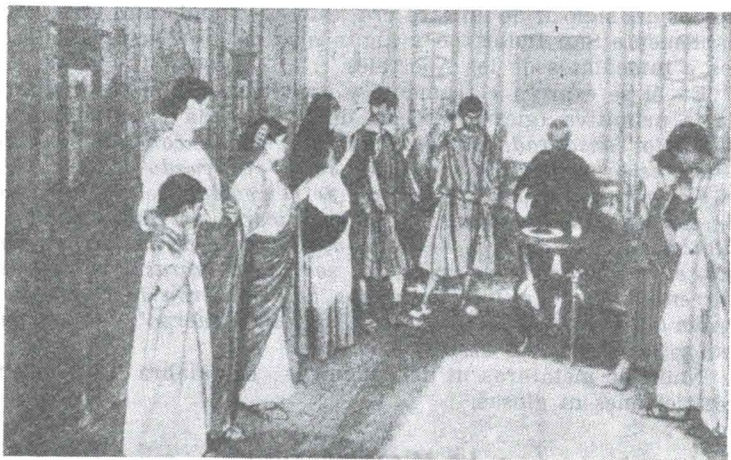
«En el llamado día del sol, suelen congregarse en un mismo lugar todos los vecinos de las ciudades y de las campiñas cercanas. Se leen las *memorias* de los Apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo de que se dispone. Terminada la lectura, el que preside hace un comentario a los fieles para invitarlos a imitar tan bellas enseñanzas. Luego nos ponemos todos de pie y en oración. Una vez acabadas nuestras pleges, se trae pan, vino y agua. El que preside eleva al cielo oraciones y eucaristias con todo fervor: y el pueblo responde a coro: amén.

Acto seguido se procede a la distribución de los dones consagrados entre todos los asistentes y se hace participar, mediante los diáconos, aun a los que están ausentes» (LVII, 3).

¡Hermoso y providencial documento! Gracias a él estamos en la posesión de la clave que nos abre, al menos, en sus rasgos generales, el secreto de la liturgia eucarística primitiva.

Tres partes podemos distinguir según él, en la Misa de los primeros cristianos y que, como se verá, responden abiertamente a la nuestra.

1.^a Comienzo y preparación para el gran acto: Lectura en presencia de los fieles, de las memorias de los Apóstoles, esto es



Celebración de la Eucaristía en una casa particular
(Reconstrucción escénica de "Los amigos de las Catacumbas")

el Evangelio, y de los escritos de los Profetas. Era lo que andando el tiempo y con las pequeñas variaciones que imponían las circunstancias y las costumbres de las diversas Iglesias, había de cristalizar en la Epístola y el Evangelio de las Misas de nuestros tiempos.

A la lectura seguía la alocución, la predicación, como también se hace ahora: una homilía de exhortación, «para incitar a los fieles, dice San Justino, a imitar tan bellas enseñanzas.»

2.^a Entrada en la verdadera liturgia eucarística. Se presentaban el pan y el vino y el agua. Es nuestro ofertorio llamado en griego *anáfora*.

«El que preside, esto es, el Celebrante, eleva al cielo plegarias y, acciones de gracias».

Parece que no existía aún fórmula concreta y oficial para todos, sino que cada sacerdote improvisaba sus plegarias en las que dominaba la alabanza a Dios y la gratitud por sus beneficios. En nuestras Misas responden a ello el prefacio y las restantes oraciones de antes de la Consagración.

3.^a La parte más esencial del Sacrificio. Palabras y acciones sacramentales sobre el pan y el vino ofrecido, como lo hiciera el Salvador en la última Cena, la Consagración; y finalmente, el convite eucarístico y sacrificial, la participación del pan y del vino consagrados, tanto por parte del Celebrante como de los fieles, o sea, la Comunión.

Como se ve, nada en lo esencial se ha cambiado ni omitido. Es sustancialmente la imagen, el facsímil como ha podido decirse, de la Cena del Redentor con sus Apóstoles en la noche última antes de su Pasión y que él mismo mandara repetir a sus Apóstoles, exornada, a través del tiempo con oportunos aditamentos, para preparar y realzar más el gran acto, cumbre del culto y de la liturgia cristiana.

PARTE TERCERA

EL CRISTIANISMO HEROICO
Y MILITANTE

I

LAS PERSECUCIONES ROMANAS

Datos generales. — Nerón. — Domiciano y Trajano. — Marco Aurelio. — Decio. — Valeriano. — Diocleciano. — El número de los mártires.

Las persecuciones romanas son la prueba más sangrante y trágica a que se ha podido sujetar a religión alguna sobre la tierra.

El Cristianismo puede decirse que fué durante ellas, esto es, en el largo tracto de tres siglos, un condenado a muerte vitalicio o, según la acertada frase ya mencionada de Tertuliano, «un candidato al martirio».

Demos una breve noticia de ellas para detenernos después en las confortantes páginas, llenas de heroísmo sobrenatural y divino en que las Actas de algunos de ellos nos transmitieron sus hazañas.

Datos generales

La era martirial romana se extiende desde la persecución de Nerón hasta Constantino quien dió, por fin y definitivamente, la paz a la Iglesia. Duró por tanto, como queda indicado, tres siglos: los tres primeros siglos de existencia de la nueva religión, angustiosos y tremendos y que hubieran acabado con cualquiera otra institución que no hubiera sido divina, pero que a ella la enraizaron más hondamente en la vida y la hicieron mostrar su temple sobrehumano.

Respecto del número de las persecuciones hay diferencias entre los autores. Generalmente suelen indicarse diez, pero nosotros las reduciremos a siete principales: Las de los Emperadores Nerón, Domiciano y Trajano, Marco Aurelio, Decio, Valeriano y Diocleciano.

Nerón

Era el año 64 de nuestra era.

Un vastísimo incendio declarado repentinamente en Roma la había destruido en gran parte; diez de las catorce en que estaba dividida.

¿A qué se debió el siniestro?

La voz pública señalaba como causante al propio Emperador en persona a quien disgustaba la fealdad de la antigua urbe, con sus callejas estrechas y tortuosas y abrigaba el designio de construir otra a medida de su gusto y a la que pudiera legar su nombre.

Algunos afirmaban incluso haber visto al caprichoso mag-nate, extasiado ante el espectáculo y cantando como un segundo Homero el incendio de la Nueva Troya en llamas.

La desesperada situación del pueblo sin hogar y en la miseria se levantaba cada vez más amenazadora contra el déspota, pero él, ladino y sin escrúpulos, supo soslayarla acusando a los inofensivos cristianos, del maleficio.

Inmediatamente se dió comienzo a la venganza más despiadada y sin tino. Un gran número de fieles, gente la mejor y más pacífica de la ciudad, fueron arrastrados de sus hogares a las prisiones públicas de donde no habían de salir sino para la muerte y los suplicios más refinados.

Había que ganar la voluntad del populacho, proporcionándole los tradicionales juegos a que era tan aficionado y a ello dirigió Nerón todas las iniciativas de su ingenio.

Cuatro menciona el historiador Tácito en sus Anales (XV).

Empezó por la llamada *caza de fieras*. El público ahído de sangre ocupaba ansioso el gran Circo construido por el Emperador rápidamente en sustitución del antiguo devorado por las llamas, cuando en vez de expertos cazadores, vió salir del cubículo al redondel, una tropa de seres extraños cubiertos de pieles y semejantes a sátiros que llegados al centro se arrodillaron en la arena, juntos los unos a los otros y alzaron sus manos suplicantes al cielo...

Eran los primeros cristianos que salían al martirio.

La mansedumbre de aquellos hombres, mujeres y niños no era del agrado de los espectadores, pero pronto tuvieron el plato fuerte que anhelaban. Una feroz jauría de perros salvajes y gigantescos traídos del Pirineo, de Hibernia, del Peloponeso, salió de sus cubiles y azuzados por el hambre se lanzaron contra la

indefensa turba... Luego leones y tigres y panteras de Libia y de la India... Subía a las gradas el olor acre de la sangre, los gritos de angustia y de terror de los desgraciados... Se veían piltrafas de cuerpos humanos arrastrados por las fieras...; pero todo ello constituía el frenesí del pueblo...

Segundo espectáculo no menos fuerte.

El circo aparece lleno de un verdadero bosque de cruces, y en ellas clavados hombres, mujeres y hasta ancianos, y niños en los espasmos horribles del dolor...

El Emperador y el pueblo, dignos el uno del otro, se solazan y ríen viendo los contorsiones de las pobres víctimas.

El tercer espectáculo es el más novedoso de todos: la representación al vivo de algunos cuadros mitológicos de invención del propio monstruo coronado.

Un simulacro del Etna y sobre su cráter un cristiano haciendo de Hércules abrasándose en fuego vivo; la muerte de Dédalo y de Icaro, con dos cristianos lanzados a lo alto para venir a estrellarse caídos sobre la arena; Sacerdotisas de Ceres y de Cibeles, las Danaídas, Dirce y Pasifae, imitadas por doncellas cristianas descuartizadas por caballos salvajes. Otro cristiano imita a Lucio Escévola y se le obliga a sostener la mano extendida sobre la crepitante llama hasta quedar aquélla quemada por completo...

Nueva decoración del escenario.

El circo, los paseos e incluso los jardines de Nerón se llenan de postes plantados en la tierra: en cada poste hay atados sendos cristianos vestidos con la llamada «túnica molesta», empapada en pez y resina ardiendo todo él, sirviendo de antorchas vivientes en las tinieblas de la noche y en holocausto a la brutalidad más espantosa.

Los suplicios y el refinamiento en ellos fueron tales que la plebe, siempre insaciable de diversiones y sangre, llegó a sentir ya compasión, y en voz pública se decía, como refiere *Tácito* (XV) que ya «eran demasiados hombres los inmolados, no a la utilidad pública sino a la crueldad de uno solo».

Entre los mártires más señalados en esta persecución, se cuentan, además de los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, los santos Proceso y Martiniano y Santa Anastasia y Tecla.

Domiciano y Trajano

A Nerón le siguieron en el trono del Imperio, Vespasiano y Tito.

El gobierno de estos Emperadores se señala en los fastos judíos como uno de los más funestos de la historia, porque ellos llevaron a cabo la conquista y destrucción de Jerusalén y de su templo en el año setenta.

El Cristianismo, por el contrario, gozó de paz, durante los doce años de su reinado, del 69 al 81.

No fué más que un respiro, sin embargo, y pronto estalló de nuevo el furor persecutorio con el advenimiento al poder de Domiciano. Quince años duró la tormenta, en que fueron martirizados personajes tan conspicuos como Flavio Clemente, consobrino del Emperador y cónsul, con su esposa Domitila y otras varias de la nobleza romana. El hecho muestra el furor ciego de las persecuciones, al mismo tiempo que los grandes progresos de la fe aun en las familias más distinguidas. Algunas inscripciones de este tiempo en las catacumbas, citan ya los nombres de descendientes de los Cornelios, Cecilios, Emilios y Barios y otros de la principal nobleza de la metrópoli.

¡Hasta Trajano!

¿Quién lo dijera? Fué éste uno de los Emperadores más afortunados y, sobre todo, más nobles y ecuanímes de todos los tiempos. Se le llegó a llamar «delicias del género humano».

No obstante, ésta fué la triste realidad.

Permanecía aún flotante en el ambiente la enemiga implacable contra la nueva religión juntamente con el «instituto neroniano» que prohibía, como crimen digno de muerte, el ser cristiano, «Christianos esse non licet», y no sólo no tuvo valor para oponerse a la gran injusticia y crueldad, o dejarla incumplida como Nerva, su antecesor, sino que aún le dió nuevos alientos.

Su persecución fué de las más terribles. Eusebio dice que «llameaba como un incendio». Fué además general en Roma y en Provincias.

El año 112, en los días más recios de la tormenta, escribía Plinio el Joven, Gobernador de Bitinia, al Emperador pidiéndole instrucciones prácticas sobre lo que debía hacer en las circunstancias por las que atravesaba su Provincia. El Cristianismo se había extendido allí de tal modo que llevar a la muerte a todos los encartados hubiera sido sacrificar a la mayor parte

del pueblo. Trajano le contestó taxativamente: «No hay que investigar quién es o no cristiano y aun se deben rechazar las acusaciones anónimas, pero hay que destinar al suplicio a todos los convictos si no niegan su condición de cristianos».

Poco honran, ciertamente, estas palabras al pío Emperador, delicias del linaje humano, y el número de los mártires debió de ser grande en estas condiciones. Bastaba una delación, como anotamos en el caso de San Ignacio mártir, o un tumulto por parte de los gentiles contra alguno de los cristianos, para que éste fuera ya llevado al suplicio. Que, a pesar de todo ello, el Cristianismo no sucumbiera sino que, por el contrario, se expandiera rápidamente y aun invadiera y conquistara en pocos años el imperio, aparece, a todas luces, como un hecho tan extraordinario y prodigioso que no cabe bajo las leyes ordinarias de la historia.

Marco Aurelio

A Trajano le suceden en el trono Hadriano (117-138) y Antoino Pío (138-161), quienes se muestran benévolos para con los cristianos y les permiten cerca de cincuenta años de paz; pero muertos éstos, nueva persecución y *nueva sorpresa*.

El perseguidor es el que ha llegado a la posteridad con el nombre de «Emperador filósofo», Marco Aurelio, hombre, por otra parte, benigno y de indubitable talento.

Reacciones violentas del paganismo moribundo.

Marco Aurelio se propuso, al parecer, por meros impulsos sentimentales, restablecer a ultranza el culto de los dioses del Imperio y va se prevé el conflicto. Al encontrarse con el Cristianismo irreductible y firme como una roca, vino el choque inevitable y sangriento.

El mismo dió el santo y seña en contestación a una pregunta dirigida desde las Galias: «Todo el que persista en la confesión de su fe cristiana ha de morir a cuchillo». Conforme a esta consigna puede calcularse la magnitud del desastre. En Roma rindió el tributo de su sangre a Cristo, entre otros, el gran apolo-gista San Justino con seis discípulos suyos; además Santa Cecilia, Tiburcio y Valeriano y en las Galias los mártires de Lión: Potino, Santo, Atalo, Blandina y Póntico.

Decio

Omitimos la persecución de Septimio Severo, en que encontraron la palma del más glorioso martirio las Santas Perpetua y Felicitas en África, San Leónidas, padre del gran Orígenes.

en Egipto; Santa Potamiana, con Marcela, su madre, en Alejandría; San Ireneo con muchos otros en León y el Papa San Víctor en Roma, y pasamos a la de Decio.

Fué indudablemente una de las más graves y siniestras por la maldad y redomada malicia con que fué concebida y ejecutada.

El decreto o decretos con que la proclamaba el ladino Emperador los llama Eusebio «vere horrificum», y San Cipriano «edicta feralia». La idea que presidía en ellos no era tanto matar los cuerpos cuanto las almas, hacer apostatar de su fe a los cristianos. A ese fin los atormentaba varios días seguidos en el ecúleo y el potro para vencer su resistencia y hacerlos flaquear; a otros les incitaba a la lujuria y les ofrecía premios insidiosos. Los Obispos y el Clero le merecían interés especialísimo por lo que podía arrastrar su apostasía; por eso les encarcelaba y les atormentaba sin piedad y de continuo con hambre y sed y variedad de refinados suplicios.

Tan mal intencionada persecución tuvo efectos lastimosos.

No fueron pocos los cristianos que aterrados desfallecieron, consintiendo unos en ofrecer incienso a los dioses, los llamados «sacrificati»; otros procurándose un falso documento de haber sacrificado, «libelatici», o inscribiendo sus nombres entre los apóstatas.

No faltaron, sin embargo, quienes resistieron intrépidos, «cual inquebrantables columnas», en frase de Eusebio.

El martirologio enumera entre la pléyade de gloriosos mártires de ese feroz período a Santa Agata en Sicilia, al gran Orígenes, muerto a causa de los gravísimos tormentos infligidos en la cárcel. San Abdón y Senén y San Cristóbal en Roma. En España los Santos Facundo y Primitivo en Galicia, Marcelo y Nona con sus tres hijos en León, Acisclo y Victoria en Córdoba, San Fermín, Obispo de Pamplona, Emeterio y Celedonio en Calahorra, Santa Marta en Astorga, las Santas Justa y Rufina en Sevilla.

Valeriano

Fué quizás, y si cabe, el más encarnizado enemigo del nombre cristiano.

Dos decretos a cuál más perniciosos promulgó. Por medio del primero prohibía, bajo pena de muerte, a los cristianos reunirse, y ni aun visitar sus cementerios, Iglesias o lugares de culto, añadiendo la pena de destierro a todos los obispos, presbíteros y diáconos que se negaran a sacrificar a los dioses. El segundo,

promulgado el año 258, extendía a todo el Clero las penas del anterior. A los nobles les privaba de sus haciendas y, si persistían, los condenaba a muerte; a las mujeres les privaba asimismo de sus bienes y las arrojaba al destierro.

No es extraño que la cosecha de mártires fuera copiosa. Entre ellos se cuentan como más distinguidos los Papas Esteban y Sixto; el gran San Lorenzo, diácono, San Cipriano, Obispo de Cartago y lumbrera de la Iglesia; los ciento cincuenta y tres mártires de Utica, llamados «Massa Cándida» por haber sido enterrados vivos en la cal; San Fructuoso, Obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Augurio y Eulogio.

Diocleciano

Han pasado ya más de dos siglos de continuos forcejeos entre los dos poderes que luchan por el dominio de la humanidad y su civilización: el Paganismo y el Cristianismo.

El primero se siente en la posesión y ha visto lleno de recelos y de presentimientos fatales acercarse al que acabará, al fin, por derrocarlo. En su inquietud ha desplegado brutalmente la represión. La sangre del adversario ha corrido a torrentes, pero todo inútil: no ha servido nada más que para infundirle nuevos alientos y ambiciones. El cristianismo ha ido en marcha siempre ascendente y amenaza inexorablemente apoderarse del Imperio.

Parece que ante la inutilidad de sus esfuerzos debiera el paganismo cambiar de procedimientos y de táctica o ceder el paso a la nueva avasalladora religión; sin embargo, nada de eso: sigue en su pertinacia y aun se diría que ha ido cobrando nueva violencia y más concentrada saña.

Tales son las ideas que vienen a la mente al entrar en la persecución de Diocleciano.

Tenía más que suficientes motivos este Emperador para reflexionar acerca del trato que debía dar al Cristianismo que era ya la religión de la mayor parte de las gentes que integraban su imperio; no obstante, es uno de los más furiosos y encarnizados perseguidores: su nombre ha pasado a la posteridad cristiana como el peor de sus tiranos.

Y, ¡cosa extraña!

Diocleciano no tuvo siempre malos sentimientos contra la nueva religión. Al principio de su reinado, incluso, la favoreció y tuvo en su gobierno ministros y servidores cristianos y lo que es más todavía, su esposa Prisca y su hija Valeria lo eran.

Permitía abiertamente a todos profesar el Cristianismo y aun en varias ocasiones, antepuso los cristianos a los infieles.

Fué todo obra de un cambio brusco efectuado hacia el año 295 y debido a la fuerte presión de los que le rodeaban.

Las hostilidades las rompió por el ejército. Un decreto aparecido en ese mismo año excluía de él a los cristianos; a los soldados que fueran tales les daba opción entre abandonar su fe o la milicia. Muchos abandonaron las armas.

Quizás indignado por este fracaso dió comienzo a la persecución sangrienta.

En breve intervalo de tiempo promulgó cuatro edictos a cuál más tiránico y vejatorio. Por el primero mandaba derruir las Iglesias o templos y entregar o quemar los libros sagrados, al par que despojaba a los fieles de todos los honores y derechos civiles. El segundo mandaba encarcelar a todos los clérigos. Las prisiones públicas se vieron tan abarrotadas de éstos que no había lugar siquiera para los criminales comunes.

Por el tercero mandaba dar libertad a cuantos quisieran sacrificar a los dioses del Imperio, y el cuarto, dado en 304, prescribía la pena de muerte a cuantos lo recusaran...

Eran las últimas sacudidas de la fiera. El decrepito paganismo presentía su fin y quiso despedirse con una de las más grandes brutalidades de la historia.

Son los primeros años del siglo iv, la víspera casi de la batalla del Puente Milvio y del decreto de Milán que señala el triunfo de la Iglesia.

Enumeremos entre los incontables paladines esforzados que entregaron su vida por Cristo, algunos de los más salientes: San Jorge y Dorotea en Capadocia, San Sebastián, Anastasia e Inés en Roma, Santa Lucía en Siracusa. En España fué más abundante aún la siega que en otros sitios, debido al rigor y crueldad del Prefecto Daciano: Santa Eulalia, Severo Obispo, Cucufate y Félix, en Barcelona; Poncio y Narciso, Obispos y los diáconos Víctor y Félix en Gerona. Santa Engracia y los innumerables mártires en Zaragoza; San Valero y Vicente en Valencia, Justo y Pastor en Alcalá; Leocadia en Toledo; Eulalia, Julia y otros 28 en Mérida; Zoilo y 19 más en Córdoba; Ciríaco y Paula en Málaga; Vicente, Sabina y Cristeta en Ávila...

Conclusión

Resumamos ya datos e impresiones.

Como acabamos de ver, la era de las persecuciones dura algo más de tres siglos, desde el 64 al 312.

Tres siglos de sangre irrestañable.

No fué, sin embargo, continua la persecución dentro de ese largo lapso de tiempo: tuvo sus intervalos de pausa y de respiro; varios Emperadores no participaron en la vesanía de sangre que el día de hoy tanto nos extraña; pero después de ellos vinieron sucesores que se superaron a sí mismos.

Así podemos calcular con Paul Allard, que la Iglesia padeció 6 años de persecución en el primer siglo; 86 en el segundo; 24 en el tercero, y 13 en los comienzos del cuarto. Fué perseguida, por tanto, por espacio de 129 años; gozó de paz, en curiosa coincidencia, otros 129: 28 en el primer siglo, 15 en el segundo y 76 en el tercero. En ella tomaron parte la mayoría de los emperadores, pero especialmente Nerón, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Daciano, Decio y Diocleciano.

El número de los mártires

¿Cuántos fueron, en definitiva, los héroes cristianos sacrificados a la intransigencia y brutalidad del paganismo en el Imperio?

En la solución de este problema se ha pecado, como dicen, por carta de más y por carta de menos. Algunos exagerando evidentemente la nota, han elevado la cifra a varios millones; otros, demasiado cautos, la han restringido injustamente a unas cuantas docenas.

El hecho nunca podrá averiguarse con certeza, pues carecemos de estadísticas fidedignas, pero creemos que ni lo uno ni lo otro. «In medio consistit virtus». El término medio prudente se impone aquí como en ninguna otra parte.

Conjeturamos que no son millones los mártires, pero sí muchos millares, quizás centenares de miles.

Algunos datos concretos darán firmeza a estas apreciaciones. De la persecución neroniana ya quedan anotadas las palabras de Tácito (Annal. XV, 44), en que llama a los sacrificados con ocasión del incendio de Roma, «ingente multitudo». El año 64 se estima que fueron inmolados cerca de mil que se conmemo-

ran el 29 de junio juntamente con los Apóstoles Pedro y Pablo. *Dión Casio* (Hist. Rom. 67, 14) habla de «otros muchos» reinando Domiciano. En muchísimos («valde multi») estima Eusebio los del tiempo de Trajano (H. E. III, 34). De la de Marco Aurelio dice el mismo (V, 1) que fueron «innumerables» en toda la tierra: persecución general. En la de Septimio Severo se derramó tanta sangre cristiana que se creyó en la próxima venida del Anticristo. Decio fué amado por Lactancio «execrable animal» que no perdonó edad, sexo ni condición. De los tiempos de Galo habla San Cipriano de «un innumerable pueblo coronado con el martirio» (De Mort., al fin), y de la de Valeriano añade Lactancio (De Mort. pers. V) que fué breve, pero que en poco tiempo derramó mucha sangre de mártires. De la de Diocleciano, larga y horrible, afirma Sulpicio Severo (Hist. Sacr. II, 6, 52) que durante diez años «destruyó el pueblo de Dios» y añade con énfasis oratorio que «las espadas quedaron embotadas» y los verdugos se vieron obligados a alternar por el cansancio. Sólo en Tebaida y Egipto se enumeran 10.000. sin contar las mujeres ni los niños.

Se nos habla también de martirios en masa:

En Egipto no era raro que en un mismo lugar fueran muertos 30, 60 y hasta 100 juntamente. En Nicodemia se acuchilla a una multitud apiñada; a otra la hacen perecer en la hoguera; a otra la arrojan al mar.

En Sebaste reciben el martirio 40 soldados y en una ciudad de Frigia una muchedumbre es encerrada en la iglesia e incendiada.

Se habla asimismo de la *masa cándida* del tiempo de Valeriano y de la legión tebana en el de Maximiano.

Que el lector juzgue por sí mismo en presencia de los datos. Volvemos a repetir que podrá ser exageración contar los mártires por millones, pero, ¿lo será también por centenares de miles?

II

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (I)

(EL DESTIERRO Y LAS MINAS)

Idea general de los mismos. — Eusebio y Fileas. — El destierro. — Canteras y minas. — Fenos: el lector Juan. — Numidia, San Cipriano.

Los suplicios de los mártires marcan dos cumbres de la Historia: La cumbre de la crueldad, de los instintos sanguinarios y ferales del hombre y la cumbre de la grandeza moral, del heroísmo sobrehumano de que es capaz el mismo hombre asistido por la ayuda de Dios y bajo los estímulos religiosos.

Los relatos que de ellos nos han llegado reflejan ese mismo doble aspecto. Por una parte producen en nosotros verdaderos escalofríos de espanto ante la ferocidad e infrahumano sadismo de los perseguidores, pero, por otra, confortan nuestro espíritu y lo llenan de entusiasmo ante el heroísmo de las víctimas... Los primeros nos deprimen y hacen que nos avergoncemos incluso de ser hombres, los segundos, por el contrario, nos levantan y enorgullecen ante la consideración de la dignidad humana capaz de tan inconcebible grandeza.

Demos por vía de introducción algunos anticipos parciales de la gran tragedia para detenernos después en cada uno de sus actos.

Eusebio y Fileas

Ellos serán nuestros guías seguros. Ambos son historiadores, especialmente el primero, contemporáneos y testigos oculares de los hechos, en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano, la última, pero la más terrible de todas. Eusebio fué Obispo de Cesarea y Fileas de Tmuis de Egipto.

Dice Eusebio dando una idea general de los de Egipto:

«Fueron millares y millares los hombres, mujeres y niños los que sufrieron los más diversos géneros de tormentos por mantenerse fieles a nuestro Salvador. Unos fueron quemados vivos después de haber sido torturados con garfios, caballetes, los más crueles azotes y tormentos inúmeros e inauditos que causan horror al solo oírlos; otros sumergidos en el mar; otros presentaron generosamente sus cuellos para ser cortados: éstos morían en los tormentos, aquellos sucumbían, al fin, de hambre; los de más allá eran crucificados o según el modo usual de los malhechores, o de otra manera todavía peor, clavados con la cabeza hacia abajo, postura en que los dejaban hasta que morían en los mismos patíbulos por consumación» (Hist. Ec. VIII, 8).

Fileas añade sobre los mártires de Antioquía estas tremendas torturas contempladas por él mismo:

«¿Quién podrá decir el valor y la virtud de que dieron muestra en cada uno de los tormentos? Porque, como estaba permitido a todos ultrajarles a mansalva, a unos les golpeaban con bastones, a otros con varas, a otros con azotes, a otros con correas, a otros con cuerdas. El espectáculo era variado y rebosaba maldad; a algunos suspendían de un palo con las manos atadas detrás, mientras especiales instrumentos les distendían los miembros: luego en la misma posición, los verdugos, conforme a las órdenes recibidas, les aplicaban no sólo a los costados, como solían hacerse con los asesinos, sino a todo el cuerpo, al vientre, a las piernas, a las mejillas, los artefactos del suplicio. Otros eran colgados de un pórtico por una sola mano y así, suspendidos en el aire quedaban por tiempo indefinido sufriendo el dolor más espantoso por la tensión insoportable de las junturas de los miembros. Otros eran atados a sendas columnas, unos frente a otros, sin poder apoyar los pies, de modo que las ataduras se apretaban más y más por el peso del cuerpo que gravitaba...

Y ellos sufrían todos estos suplicios no sólo durante el tiempo que el gobernador les interrogaba, sino casi un día entero... Cuando él pasaba a otros dejaba junto a los primeros a funcionarios, para el caso de que alguno, vencido por el tormento cediera... y para que después de morir les bajaran y arrastraran sus cadáveres por tierra...

A algunos después de estos tormentos, los metían en el cepo con ambas piernas distendidas hasta el cuarto agujero...

Otros arrojados por tierra, vacían bajo la violencia de los tormentos infligidos ofreciendo a los que los miraban un espectáculo más espantoso que la ejecución misma porque llevaban grabadas en sus cuerpos las huellas de los suplicios.

En tales condiciones, algunos morían durante los tormentos avergonzando con su constancia a los verdugos; otros, encerrados medio muertos en la prisión, después de algunos días, expiraban, oprimidos por los dolores. Los restantes, obtenido el restablecimiento mediante la cura aplicada con el tiempo y con la permanencia en la cárcel, se hacían más intrépidos. Cuando después se les mandaba que eligieran entre sacrificar a los dioses o la condena a muerte, sin ninguna vacilación marchaban alegremente a la muerte» (Carta a Eusebio, cit. Hist. Ec. VIII, 10, 4-14).

No menos espantable es el relato de los tormentos de los mártires de la Tebaida que nos transmite Eusebio.

«Superan toda ponderación, dice, los tormentos y dolores sufridos por ellos. Algunos eran desgarrados en todo el cuerpo con conchas en lugar de las uñas

de hierro, hasta que espiraban. Mujeres hubo a quienes ataban de un pie, y suspendidas con la cabeza abajo, y levantadas en alto, daban con su cuerpo completamente desnudo, a cuantos las miraban ese espectáculo torpísimo y cruelísimo y el más humillante de todos. Otros morían atados a árboles y troncos: con especiales aparatos se tiraba de las ramas más rígidas hasta unir las en un mismo punto: a cada una de ellas ataban las piernas de los mártires y luego soltaban las ramas para que recobrasen su posición natural: inventóse este suplicio para dilacerar las junturas de los miembros de aquellos a quienes se aplicaba.

Y todos estos suplicios se practicaron no durante unos días o por breve tiempo, sino por un largo periodo de años enteros: muriendo a veces no menos de treinta y hasta setenta: y aun hubo ocasión en que en un solo día fueron muertos cien hombres con sus niños y mujeres, después de haber soportado varios y sucesivos suplicios.

Nosotros mismos, presentes en los lugares, vimos gran muchedumbre de personas morir en un solo día, unos decapitados, otros padeciendo el suplicio del fuego, de tal modo que el hierro homicida se embotaba y mellado producía contusiones y los mismos verdugos cansados iban turnándose.

Entonces contemplamos también el admirabilísimo ímpetu, la fuerza verdaderamente divina y la prontitud de los fieles.

Apenas pronunciada la sentencia de los primeros, avanzaban otros de otra parte ante el tribunal del juez, confesando ser cristianos, permaneciendo impassibles ante los peligros y tormentos: antes bien, intrépidamente hablaban con libertad, de la religión del Dios del Universo y con alegría, sonrisa y júbilo, recibían la sentencia suprema de muerte, de modo que cantaban himnos y rendían acciones de gracias a Dios hasta el último suspiro» (Hist. Ec. VIII, 1-5).

El destierro

Vengamos ya, como prometimos, a cada uno de los diversos géneros de martirio.

El destierro es el más suave de todos, pero aun así penoso y frecuentemente de características trágicas.

A las veces llevaba consigo, y era el caso ordinario, tratándose de los cristianos, la confiscación de los bienes y la muerte civil o pérdida de los derechos ciudadanos.

Los lugares de deportación eran de los más inhóspitos y en ellos acababan generalmente los desterrados consumidos por la insalubridad del clima, por la tristeza y malos tratos como sucedió a San Ponciano.

San Juan Evangelista, fué, como sabemos, relegado a la isla rocosa de Patmos: las dos nobles matronas romanas Flavia y Domitilla, a las islas Pandataria y Poncia: San Clemente Papa al Ponto y a otros diversos sitios San Cornelio; Cipriano y Dionisio de Alejandría.

Canteras y minas

Constituyen el segundo de los suplicios en orden ascendente de crueldad, pero de sus múltiples y terribles penalidades

apenas podemos nosotros ahora hacernos cargo en nuestros tiempos.

La condena a trabajos forzados; en especial a las canteras y minas (*ad metalla*) era ya antigua en el Imperio romano y usada con frecuencia. Con ella quedaba beneficiado el Estado por el laboreo gratuito de aquellos centros de riqueza. El emplazamiento estaba situado en las más diversas regiones, pero se distinguían especialmente las minas de cobre de Feno en Palestina, al sur del mar Muerto; otras en Chipre: Canteras de pórfido en Tebaida, otras de mármol en Sirmio, en Panonia y Ciliacia; minas en Cartagena (España) y en Numidia.

A estas regiones eran, pues, conducidos los cristianos a trabajar como criminales en grupos y bajo la vigilancia y dirección de capataces.

Nada más deprimente que su marcha hacia ellas. Se les veía en largas filas como rebaños de prisioneros, pobres seres esqueléticos obligados a caminar centenares y aun miles de kilómetros, a través de lugares desiertos y quemados por los rayos del sol, bajo los látigos de inclementes inspectores. Muchos morían agotados en el camino y eran pasto de los chacales. Juntamente con los hombres iban también sus mujeres y niños (1).

Pues la vida en las minas era más penosa aún: un verdadero martirio prolongado.

La primera providencia que se tomaba con los desgraciados era mutilarlos bárbaramente. Por lo general se les cortaba el tendón del pie izquierdo para que no pudieran huir, o les metían ambos en sendas argollas de hierro unidas a una corta cadena remachada por un herrero de modo que no podían dar más que pequeños pasos. Luego se les sacaba con un puñal el ojo derecho y se les cauterizaba la herida con un hierro candente. A los jóvenes les castraban.

Fenos y Numidia

De dos de estas minas se ha conservado especial memoria: La de *Fenos* en Palestina y la de *Numidia*.

De la primera nos da Eusebio los datos más conmovedores.

Era grande el número de los cristianos condenados a ellas procedentes de Palestina y de Egipto. Entre ellos había también numeroso clero, Obispos, Sacerdotes y Lectores. Los inspectores o superintendentes del trabajo, parece se habían mostrado benévolos con ellos y, terminada la jornada, les daban libertad para sus oraciones y culto. Improvisaron una choza que convirtieron

(1) Cfr. *La era de los Mártires*, Ricciotti, n. 88.

en iglesia y allí tenían sus reuniones, exhortaciones y lecturas confortando sus espíritus con los consuelos religiosos y la oración de Dios... Y ¡caso emocionante! El lector en las reuniones era un ciego. Llamábase Juan. Había llegado a la mina privado por completo de la vista en ambos ojos, pero aun así no se libró de que le cauterizaran el derecho con el consabido hierro candente. Juan tenía una memoria prodigiosa y se sabía de coro libros enteros de las Sagradas Escrituras, del Nuevo y Antiguo Testamento. Hele aquí, pues, lector nato en todas las asambleas. Eusebio escribe no sin visible emoción :

«Confieso que yo mismo me quedé asombrado cuando por primera vez vi a este hombre, de pie, en medio de mucha gente, en una reunión, recitando algunas partes de la divina Escritura. Mientras sólo podía oír su voz me llevaba la impresión de que era alguno que leía, como es costumbre en las reuniones, pero luego, acercándome vi lo que ocurría : Todos los demás que tenían sanos los ojos estaban en torno suyo formando círculo, y él, sirviéndose sólo de los ojos de la mente, hablaba sin artificio como un Profeta, superando en mucho a los vigorosos de cuerpo» (De Mart. Pat. XIII, 8).

Parecía demasiado cómoda y aun idílica la vida de los cristianos de Fenos. Dios quiso probarlos más aún y permitió que fuera el Gobernador en persona a inspeccionarlos. El Emperador Maximino, advertido, dió disposiciones que se cumplieron inmediatamente. Los cristianos fueron trasladados, parte a Chipre, parte al Líbano, parte a otros lugares de Palestina. Cuatro de los más eminentes fueron quemados vivos y entre ellos los Obispos Nilo y Peleo ; otros treinta y nueve que, por sus condiciones físicas eran inhábiles para el trabajo y por esto vivían aparte dedicados a oraciones y ejercicios piadosos, fueron decapitados todos en un día. Entre éstos estaba, además del lector Juan, el Obispo Silvano.

Las minas de *Numidia* las inmortalizó San Cipriano con sus escritos.

Las componían, según podemos ver por ellos, un numeroso grupo de cristianos en que se encontraban también no sólo hombres, sino mujeres y niños y aun Obispos, sacerdotes y diáconos.

Vivían en las perpetuas tinieblas de los subterráneos solamente alumbrados por la molesta luz de las antorchas.

Apenas se alimentaban y temblaban de frío, pues iban casi desnudos por la carencia absoluta de vestidos. Tampoco tenían camas ni cosa que pudiera parecérsese y se veían obligados a dormir en el húmedo desnudo suelo.

El mencionado San Cipriano mantuvo correspondencia epistolar con aquellos héroes y en sus cartas se muestra patético y confortador. Transcribamos parte de una de ellas, pues ade-

más de la belleza de sus conceptos demuestran una vez más, la gran caridad y solidaridad cristiana al mismo tiempo que la espantosa realidad de los padecimientos que sufrieron por Cristo nuestros hermanos en la fe.

«Exigía indudablemente vuestra gloria, beatísimos y amadísimos hermanos, que fuera yo mismo quien viniera a veros y abrazaros, si unos límites, de antemano trazados, de un lugar no me retuvieran también a mí, a causa de la confesión del nombre de Cristo. Sin embargo, de la manera que puedo, me hago presente a vosotros, y si no me es dado llegar hasta vosotros corporalmente y por mi propio paso, voy al menos por el amor y el espíritu, expresándoos por carta mi sentir íntimo, mi júbilo y alegría por esos actos de valor y gloria vuestros, y considerándome participe con vosotros, si no por el sufrimiento del cuerpo, sí por la unión de la caridad. ¿Es que podía yo callar, podía reprimir por el silencio mi voz, cuando tantas y tan gloriosas noticias me llegan de quienes me son carísimos y tanta gloria conozco con que os ha honrado la dignación divina? Parte de entre vosotros va ya delante, consumado su martirio, a recibir del Señor la corona de sus merecimientos; parte se halla aún detenida en los calabozos de las cárceles o en las minas y cadenas, dando por la misma dilación de los suplicios mayores documentos para fortalecer y armar a los hermanos, y adquiriendo más amplios títulos de merecimiento por la duración de los tormentos, pues habéis de tener tantas pagas en los premios celestes cuantos días contéis ahora en los castigos. Y no me sorprende, fortísimos y beatísimos hermanos, que todo ello os haya sucedido como correspondía al mérito de vuestro espíritu de piedad y fidelidad, y os haya el Señor levantado, con el honor de la glorificación que os concede, a la más alta cima de la gloria, a vosotros que mantuvisteis siempre en su Iglesia el vigor de una fe firmemente guardada, observando con fortaleza los divinos mandamientos, la inocencia en la sencillez, la concordia en la caridad, la modestia en la humildad, la diligencia en la administración, la vigilancia en ayudar a los necesitados, la misericordia en favorecer a los pobres, la constancia en defender la verdad, el rigor en la severidad de la disciplina. Y para que nada faltara en vosotros para ejemplo de buenas obras, también ahora, por la confesión de vuestra voz y el sufrimiento de vuestro cuerpo, provocáis las almas de los hermanos a los divinos martirios, presentándoos vosotros como capitanes en los hechos valerosos. Y así, siguiendo el rebaño a sus pastores e imitando lo que ve hacer a sus guías, recibirá del Señor la corona por merecimientos semejantes a los de ellos.

El hecho de que antes de entrar en la mina se os apaleara cruelmente, y que de este modo iniciarais la confesión de vuestra fe, no es para nosotros cosa execrable. Porque el cuerpo del cristiano no se espanta de los palos, cuando toda su esperanza la tiene puesta en un madero. El siervo de Cristo conoce el misterio de su salvación: redimido por el madero para la vida eterna, por el madero es levantado a la corona. ¿Y qué tiene de maravillar que vosotros, vasos de oro y plata, hayáis sido condenados a las minas, es decir, a la casa del oro y de la plata, si no es que ahora se ha cambiado la naturaleza de las minas, y los lugares que antes acostumbraban dar oro y plata han empezado ahora a recibirlos? Han puesto también trabas a vuestros pies, y los miembros felices que son templos de Dios los han atado con infames cadenas como si con el cuerpo se pudiera también atar el espíritu o vuestro oro pudiera mancharse al contacto del hierro. Para hombres dedicados a Dios y que dan testimonio de su fe con religioso valor, todo eso son adornos, no cadenas, y no atan los pies de los cristianos para infamarlos, sino que los glorifican para alcanzar la corona. ¡Oh pies dichosamente atados, que no se desatan por el herrero, sino por el Señor! ¡Oh pies dichosamente ata-

dós, que por camino de salvación se dirigen al paraíso! ¡Oh pies ahora en el mundo trabados, para estar siempre delante de Dios sueltos! ¡Oh pies que ahora vacilan en su paso, impedidos por trabas y cadenas, pero que van a correr velozmente hacia Cristo por glorioso camino! Que aquí la crueldad, o envidiosa o maligna, os sujete cuanto quiera con sus ataduras y cadenas; pronto, saliendo de esta tierra y de estos trabajos, habéis de llegar al reino de los cielos. No descansa el cuerpo, en las minas, sobre lecho y colchones; pero no le falta el alivio y consuelo de Cristo. Por tierra se tienden los miembros fatigados por el trabajo; pero no es pena estar tendido con Cristo. Sucios están los cuerpos por falta de baños, perdida su forma por la inmundicia del lugar; mas cuanto por fuera se mancha la carne, tanto por dentro se lava el espíritu. El pan es allí muy escaso; mas no de solo pan vive el hombre, sino de palabra de Dios (Luc. 4, 4). Os falta el vestido, con los miembros ateridos de frío; mas el que se reviste de Cristo, en él tiene abundante vestido y adorno. Vuestra cabeza, raída por mitad, infunde horror; mas como sea Cristo la cabeza del varón, en cualquier estado en que se halle, forzoso es sea hermosa la cabeza, que es gloriosa por el nombre del Señor. Toda esta fealdad, detestable y horrible para los gentiles, ¡con qué esplendores de gloria no será compensada! Esta breve pena del mundo, ¡con qué paga de glorioso y eterno honor no se conmutará, cuando, como dice el bienaventurado Apóstol, transformará el Señor el cuerpo de nuestra humildad, configurado al cuerpo de su claridad!» (Phil. 3, 21).

La mano de Dios

¿Cómo era posible que hombres tan desgraciados se conservaran fieles a su religión y aun practicaran la piedad?

Sin embargo, ese fué el hecho en verdad emocionante como llevamos observado. Prohibían a los clérigos poder celebrar los divinos misterios, pero a pesar de eso, ellos se reunían fraternalmente, se alentaban llenos de caridad y con verdadero espíritu de familia y aun formaban a escondidas sus capillas y oratorios en donde celebraban como podían sus cultos y sus rezos.

Su pensamiento estaba en Dios y vivían de la esperanza del cielo.

Ya en otra parte mencionamos el tiernísimo episodio acaecido al Papa San Clemente.

Al llegar este santo Pontífice a las cercanías de Quersón, en el Ponto, a donde iba deportado, encontró, en los trabajos de las minas de mármol, a más de 2.000 cristianos llevados allá en larga condena. Apenas éstos vieron al Santo y Venerable Clemente, todos a una, entre gemidos y lamentos, corrieron a él diciéndole: «Ruega por nosotros, Santísimo y Sumo Sacerdote, para que seamos declarados dignos de las promesas de Jesucristo.»

Conociendo Clemente que estaban desterrados por Dios, dijo: «No sin motivo me ha trasladado aquí el Señor, sino para que, hecho partícipe de vuestros padecimientos, os procure también un vislumbre de consuelo y de paciencia.»

III

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (II)

(AL FILO DE LA ESPADA)

San Justino y sus compañeros. — Soldado de Jesucristo. — Fileas y Filoromo.

La muerte por decapitación y al filo de la espada ha sido demasiado frecuente por desgracia en la despiadada humanidad para que nos tengamos que detener en describirla.

Solamente queremos entresacar algunos relatos martiriales de autenticidad indiscutible y típicos en la materia.

San Justino y sus compañeros

Es, como ya queda anotado más arriba, uno de los grandes apologistas cristianos del siglo II. Nació en Siquem de Samaria y llevado de su deseo de alcanzar la verdad recorrió todos los sistemas y escuelas filosóficas de su tiempo, pero en ninguna pudo aclimatarse. Por fin tuvo ocasión de conocer el Cristianismo que le llenó plenamente. Convertido a la fe, puso una cátedra de Filosofía en Roma con el propósito especialmente de enseñar la nueva religión que tanto le había impresionado. Escribió dos célebres apologías, hacia el año 150 y convirtió a la fe a varios que frecuentaban su escuela. En compañía de algunos de ellos fue martirizado en la persecución de Marco Aurelio del 163 al 167.

He aquí las actas de su martirio escuetas, pero sublimes.

«Martirio de los santos mártires Justino, Caritón, Caridad, Evelpisto, Hierax, Peón y Liberiano.

En tiempo de los inicuos defensores de la idolatría, publicábase, por ciudades y lugares, impíos edictos contra los piadosos cristianos, con el fin de obligarles a sacrificar a los ídolos vanos. Prendidos, pues, los santos arriba citados, fueron presentados al prefecto de Roma, por nombre Rústico.

Venidos ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino:

— En primer lugar, cree en los dioses y obedece a los emperadores.

Justino respondió:

— Lo irreprochable, y que no admite condenación, es obedecer a los mandatos de nuestro Salvador Jesucristo.

El prefecto Rústico dijo:

— ¿Qué doctrina profesas?

— He procurado tener noticia de todo linaje de doctrinas; pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, por más que no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones.

El prefecto Rústico:

— ¿Con que semejantes doctrinas te son gratas, miserable?

— Sí, puesto que las sigo conforme al dogma recto.

— ¿Qué dogma es éste?

— El dogma que nos enseña a dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos por Dios único, el que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación, visible e invisible; y al Señor Jesucristo, por hijo de Dios, al que de antemano predicaron los profetas que había de venir al género humano, como pregonero de salvación y maestro de bellas enseñanzas.

Y yo, hombrecillo que soy, pienso que digo bien poca cosa para lo que merece la divinidad infinita, confesando que para hablar de ella fuera menester virtud profética, pues proféticamente fué predicho acerca de Éste de quien acabo de decirte que es hijo de Dios. Porque has de saber que los profetas, divinamente inspirados, hablaron anticipadamente de la venida de Él entre los hombres.

— ¿Dónde os reunís?

— Donde cada uno prefiere y puede, pues sin duda te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar. Pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.

— Dime dónde os reunís, quiero decir, en qué lugar juntas a tus discípulos.

— Sí, soy cristiano.

mi residencia todo el tiempo que he estado esta segunda vez en Roma. No conozco otro lugar de reuniones sino ése. Allí, si alguien quería venir a verme, yo le comunicaba las palabras de la verdad.

— Luego, en definitiva, ¿eres cristiano?

— Sí, soy cristiano.

El prefecto Rústico dijo entonces volviéndose a Caritón:

— Di tú ahora, Caritón, ¿también tú eres cristiano?

Caritón respondió:

— Soy cristiano por impulso de Dios.

El prefecto Rústico dijo a Caridad:

— ¿Tú qué dices, Caridad?

Caridad respondió:

— Soy cristiana por don de Dios.

— ¿Y tú quién eres, Evelpisto?

Evelpisto, esclavo del César, respondió:

— También yo soy cristiano, libertado por Cristo, y, por la gracia de Cristo, participo de la misma esperanza que éstos.

— ¿También tú eres cristiano?, dijo el prefecto a Hierax.

Hierax respondió:

— Sí, también yo soy cristiano, pues doy culto y adoro al mismo Dios que éstos.

— ¿Ha sido Justino quien os ha hecho cristianos?

Hierax respondió:

— Yo soy antiguo cristiano, y cristiano seguiré siendo.

Mas Peón, poniéndose en pie, dijo:

—También yo soy cristiano.

—¿Quién te ha enseñado?

Peón respondió:

—Esta hermosa confesión la recibimos de nuestros padres.

Por fin el prefecto dijo a Justino:

—Escucha tú, que pasas por hombre culto y crees conocer las verdaderas doctrinas. Si después de azotado te mando cortar la cabeza, ¿estás cierto que has de subir al cielo?

—Si sufro eso que tú dices, espero alcanzar los dones de Dios; y sé, además, que a todos los que hayan vivido rectamente, les espera la dádiva divina hasta la conflagración de todo el mundo.

—Así, pues, en resumidas cuentas, te imaginas que has de subir a los cielos a recibir allí no sé qué buenas recompensas.

—No me lo imagino, sino que lo sé a ciencia cierta, y de ello tengo plena certeza.

—Vengamos ya al asunto propuesto, a la cuestión necesaria y urgente. Poneos, pues, juntos, y unánimemente sacrificad a los dioses.

—Nadie que esté en su cabal juicio se pasa de la piedad a la impiedad.

—Si no obedecéis, seréis inexorablemente castigados.

—Nuestro más ardiente deseo es sufrir por amor de nuestro Señor Jesucristo para salvarnos, pues este sufrimiento se nos convertirá en motivo de salvación y confianza ante el tremendo y universal tribunal de nuestro Señor y Salvador.

En el mismo sentido hablaron los demás mártires:

—Haz lo que tú quieras; porque nosotros somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos.

El prefecto Rústico pronunció la sentencia, diciendo:

“Los que no han querido sacrificar a los dioses ni obedecer al mandato del emperador, sean, después de azotados, conducidos al suplicio, sufriendo la pena capital, conforme a las leyes.”

Los santos mártires, glorificando a Dios, salieron al lugar acostumbrado, y, cortándoles allí las cabezas, consumaron su martirio en la confesión de nuestro Salvador. Mas algunos de los fieles tomaron a escondidas los cuerpos de ellos y los depositaron en lugar conveniente, cooperando con ellos la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Soldado de Jesucristo

La narración nos lleva a Teveste de Numidia y a los tiempos de la persecución de Diocleciano, 12 de marzo del 295.

El protagonista es un joven llamado Maximiliano, hijo de un soldado pero que influido por las ideas rigoristas de Tertuliano de que estaba prohibida la milicia a los cristianos, no quiere en modo alguno pertenecer al ejército como le correspondía por causa de su padre.

El joven es llamado a alistarse cuando cumplía los 21 años. Se presenta ante el Procónsul con su padre y aquél, sabiendo su decisión, le interroga cuál es su nombre.

“¿Para qué quieres saberlo?, contesta él. A mí no me es lícito ser soldado porque soy cristiano.”

El Procónsul ordena que se le mida para saber si es apto para la milicia.

"No puedo ser soldado, dice; no puedo delinquir; soy cristiano..."

El procónsul repite la orden de medirle. La orden se ejecuta. Un criado anuncia:

"Tiene cinco pies y diez pulgadas."

"Márquesele", añadió el procónsul. El recluta apto era marcado con una pequeña quemadura en la piel, producida por un hierro candente que llevaba las iniciales del emperador: y además se le colgaba del cuello un sello de plomo con la efigie imperial. Maximiliano replica:

"No puedo ser soldado." Maravillado de su obstinada resistencia, el procónsul le auremia:

"Sé soldado, si no quieres perecer."

"No seré soldado. Córtame la cabeza; yo no milito para el siglo, sino que milito para mi Dios."

"¿Quién te persuadió de ello?"

"Mi propia alma y El que me llamó." El procónsul se vuelve entonces al padre:

"Persuade a tu hijo." Mas el padre no quiere intervenir, aprobando ciertamente también él la resolución del hijo; y responde:

"Ya sabe él lo que ha de hacer; tiene criterio para discernir lo que le conviene." El procónsul hace una nueva tentativa con el hijo:

"Sé soldado: recibe el signo (del emperador)."

"No recibo el signo: va tengo el signo de Cristo que es mi Dios."

"Te mandaré inmediatamente a ese tu Cristo."

"¡Ojalá lo hicieras ahora mismo; va que ésa es mi gloria."

"Márquesele". Ordena el procónsul. Los criados agarran al joven, mas éste se resiste revolcándose y gritando:

"No recibo la marca del siglo. Y si me impone el signo (del Emperador), lo haré trizas porque nada vale. Soy cristiano; no me es lícito llevar al cuello la marca de plomo, porque llevo ya la señal salvadora de Cristo."

El procónsul insiste repetidas veces, y aduce también el ejemplo de muchos soldados cristianos:

"En la sacra comitiva de nuestros señores Diocleciano y Maximiano, Constantio y Máximo (es decir, Galerio) hay soldados cristianos, y prestan servicio."

"Ellos sabrán lo que les conviene; mas yo soy cristiano y no puedo hacer cosa mala."

"¿Qué mal hacen los que militan?"

"Bien sabes tú lo que hacen." Nuevas insistencias, con amenazas de muerte, no conmueven al recluta. Entonces el procónsul hace borrar su nombre del registro y volviéndose a él pronuncia la sentencia:

"Puesto que con *indevoto animo* has rechazado la milicia, recibirás la sentencia adecuada para ejemplo de los demás." Luego lee la tablilla con esta sentencia:

"Maximiliano, que se hizo culpable de insubordinación no aceptando el servicio militar, sea muerto a espada." Maximiliano responde:

"Deo gratias."

Conducido inmediatamente al lugar de la ejecución, se volvió a los otros cristianos:

"Carísimos hermanos, con la mayor fuerza que pudiereis apresuraros con ávido deseo a obtener la visión de Dios y a merecer semejante corona."

Luego, sonriente, pidió a su padre que diera al verdugo el nuevo vestido de recluta preparado para él.

Fué decapitado inmediatamente; una matrona, llamada Pompeya, hizo transportar en su propia litera el cadáver a Cartago, donde fué sepultado cerca de la tumba de San Cipriano. Su padre, Víctor, volvió a casa lleno de alegría y dando gracias a Dios por todo lo ocurrido."

Fileas y Filoromo

Dos mártires admirables.

Del primero ya hicimos mención por su descripción de los tormentos de los mártires en su tiempo y país, Egipto. Ahora hablaremos de él como de víctima. Fileromo fué un valiente que osó protestar delante del mismo juez contra las vejaciones de aquél.

Fileas, que es Obispo de Tréveris, casado con esposa pagana, según parece, y con hijos, comparece ante el juez Culciano. Hay grande concurrencia de personas distinguidas, amigos del futuro mártir que han acudido para ver de conseguir librarle de la muerte.

El juez le dirige la palabra:

«¿Puedes ya entrar en razón y echar de ti la locura que te ha venido? — Siempre he tenido la razón cabal y sigo teniéndola. — Sacrifica a los dioses. — No sacrificio. — ¿Por qué? — Porque las divinas Escrituras dicen: "Quien inmolare a otros dioses que al solo Dios será exterminado..." — Sacrifica ya. — No sacrificio. — ¿Lo haces por conciencia? — Así es. — Entonces ¿cómo es que no cumples los deberes de conciencia para con tus hijos y tu mujer? — Porque los deberes de conciencia respecto de Dios son superiores. Porque dice la Escritura: "Amarás al Señor Dios tuyo que te ha criado." — ¿Qué Dios? — Al Dios, respondió el Obispo, levantando las manos al cielo, que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, al Creador y Autor de todas las cosas visibles e invisibles: al inenarrable, al que es solo y permanece por los siglos de los siglos. — Recuerda, prosigue el juez, que te he dado trato de honor pudiendo haberte humillado en tu ciudad propia. — Te doy gracias y ahora colma tu favor. — ¿Qué deseas? — Que hagas uso de tu autoridad y cumplas lo que te está mandado. — ¿Quieres morir sin motivo? — No sin motivo, sino por Dios y por la verdad.»

El juez, fracasado en sus intentos, se volvió con la mirada a los parientes y amigos del inculcado haciéndoles ver que por su parte había hecho todo lo posible para salvarle.

Los abogados intervienen con una piadosa mentira, afirmando para librarle, que era inútil que Fileas sacrificara nuevamente, pues ya lo había hecho privadamente, pero el mártir lo niega al instante con toda resolución.

Tu desgraciada mujer, dice el juez, te está mirando ansiosa... El Salvador de todos nuestros espíritus, repuso el mártir, es el Señor Jesucristo a quien yo sirvo en estas cadenas. El que me ha llamado a la herencia de su gloria es poderoso para llamarla también a ella.

Otra estratagema de los abogados para salvarle. «Fileas pide dilación, dicen.» — «Te concedo dilación para que puedas re-

flexionar.» Pero Fileas contestó muy pronto: — «He reflexionado muchas veces y me he decidido a padecer por Cristo.»

Ultimo acto patético para ablandarle. Los abogados, los oficiales del juez, los parientes y amigos, se apiñan ante el imperturbable Obispo, y, abrazándole las rodillas y conjurándole le suplican que tenga piedad de su mujer y de sus hijos. Las actas dicen que permaneció inmovible como una roca que en vano azotan las olas. Tenía los ojos y el espíritu elevado al cielo y no veía más que a Dios.

En estos tan críticos momentos, continúan las actas, entró en escena el segundo mártir del epígrafe, Filoromo.

Había estado presente a los actos referidos y llevado del ímpetu de su espíritu, anheloso él también de la suerte que iba a tocar muy pronto al futuro mártir, exclamó en voz alta:

«¿Por qué tentáis vana e inútilmente la constancia de este hombre? ¿Por qué pretendéis hacerle infiel a él que es fiel a Dios? ¿Por qué queréis inducirle a que reniegue de Dios para dar contento a los hombres? ¿No veis que sus ojos no ven vuestras lágrimas, que sus oídos no perciben vuestras palabras? ¿Va a ser doblegado por las lágrimas terrenales aquel cuyos ojos contemplan la gloria de Dios?»

Todos se enfurecieron contra el entrometido que hacía imposible ya toda ulterior tentativa y pidieron para él la pena capital.

Ambos son condenados a muerte. Esta se iba a ejecutar al instante. Ya salían los reos hacia el lugar del suplicio cuando he aquí que se oye de nuevo una voz: «Fileas apela.» El que había lanzado el grito era el hermano del mártir, en el último recurso para librarle. El joven hace llamar al instante al condenado y le pregunta: — «¿Por qué has apelado?» Fileas respondió firme hasta el último momento: «No he apelado. No escuches a ese pobre desgraciado. Por mi parte, doy las más rendidas gracias a los Emperadores y al Presidente por llegar a ser coheredero de Jesucristo.»

En el lugar de la ejecución Fileas se acordó de su condición de obispo, predicador de la verdad, y dirigió una breve exhortación a los presentes. Luego, él y Filoromo fueron decapitados.

IV

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (III)

(LA HOGUERA)

Terribilidad del suplicio. — San Fructuoso y sus diáconos. — Felipe y Hermes. — Afra la meretriz. — Liberto por el martirio.

Sigamos adelante en el triste relato de crueldades humanas.

Dijo Séneca, refiriéndose a las brutalidades del circo, que cuantas veces estuvo con los hombres en él volvió menos hombre. Nosotros podemos también decir, cambiando un poco la frase, que cuanto más removamos las persecuciones romanas más vergüenza sentimos de ser hombres.

La hoguera fué un suplicio bárbaro y terrible, pero frecuente. Su empleo dió comienzo en los tiempos de Nerón. Recordemos los muchos desgraciados que en el Circo Máximo y en los jardines del tirano fueron atados a postes vestidos con la «túnica molesta» rociada de pez y de resina y quemados vivos para que sirvieran sus cuerpos en llamas como de luminarias de la noche.

El escenario de la ejecución solía ser generalmente el estadio o el Anfiteatro.

Levantada en medio de él una gran pira de leña y colocada la víctima atada a un poste, o clavadas las manos al mismo, en lo más alto, a la vista del numeroso público que solía asistir al espectáculo, era pronto consumida por las llamas.

San Fructuoso y sus Diáconos

Las narraciones auténticas de martirios por la hoguera son abundantes y la dificultad está más bien en saber escoger los que pueden ser para el lector más instructivos e interesantes.

Comencemos por el gran Obispo de Tarragona San Fructuoso y sus compañeros.

Es el año 259 y bajo la persecución de Valeriano y Galieno.

Acaba de llegar a la capital de la España Citerior un legado Imperial o Gobernador, por nombre Emiliano. Se ha propuesto inaugurar su mandato con sacrificios y solemnes actos de culto a los dioses del Imperio.

El Obispo de la ciudad es Fructuoso y tiene dos diáconos de su plena confianza y dignos de su cargo, llamados Augurio y Eulogio.

El Gobernador manda que se presenten ante él, pues quiere dar un duro escarmiento a los desobedientes e impíos cristianos que se han negado a participar en los referidos cultos...

Dejemos la palabra a las actas y sigamos paso a paso los incidentes, dignísimos todos de memoria:

«Siendo Emperadores Valeriano y Gallieno, y Emiliano y Baso cónsules, el diecisiete de las calendas de febrero (16 de enero), un domingo, fueron prendidos Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos. Cuando el obispo Fructuoso estaba ya acostado, se dirigieron a su casa un pelotón de soldados de los llamados beneficiarios, cuyos nombres son: Aurelio, Festucio, Elío, Polencio, Donato y Máximo. Cuando el obispo oyó sus pisadas, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro en chinelas. Los soldados le dijeron:

— Ven con nosotros, pues el presidente te manda llamar junto con tus diáconos.

Respondiéndoles el obispo Fructuoso:

— Vamos, pues; o si me lo permitís, me calzaré antes.

Replicaron los soldados:

— Cálzate tranquilamente.

Apenas llegaron los metieron en la cárcel. Allí, Fructuoso, cierto y alegre de la corona del Señor a que era llamado, oraba sin interrupción. La comunidad de hermanos estaba también con él, asistiéndole y rogándole que se acordara de ellos.

Otro día bautizó en la cárcel a un hermano nuestro, por nombre Rogaciano.

En la cárcel pasaron seis días, y el viernes, el doce de las calendas de febrero (21 de enero), fueron llevados ante el tribunal y se celebró el juicio.

El presidente Emiliano dijo:

— Que pasen Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio.

Los oficiales del tribunal contestaron:

— Aquí están.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso:

— ¿Te has enterado de lo que han mandado los emperadores?

FRUCTUOSO. — Ignoro qué hayan mandado; pero en todo caso, yo soy cristiano.

EMILIANO. — Han mandado que se adore a los dioses.

FRUCTUOSO. — Yo adoro a un solo Dios, el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene.

EMILIANO. — ¿Es que no sabes que hay dioses?

FRUCTUOSO. — No lo sé.

EMILIANO. — Pues pronto lo vas a saber.

El obispo Fructuoso recogió su mirada en el Señor y se puso a orar dentro de sí.

El presidente Emiliano se volvió al diácono Augurio y le dijo:

—No hagas caso de las palabras de Fructuoso.

Augurio, diácono, repuso:

—Yo doy culto al Dios omnipotente.

El presidente Emiliano dijo al diácono Eulogio:

—¿También tú adoras a Fructuoso?

Eulogio, diácono, dijo:

—Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo a quien adora Fructuoso.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso:

—¿Eres obispo?

FRUCTUOSO.—Lo soy.

EMILIANO.—Pues has terminado de serlo.

Y dió sentencia de que fueran quemados vivos.

Cuando el obispo Fructuoso, acompañado de sus diáconos, era conducido al anfiteatro, el pueblo se condolía del obispo Fructuoso, pues se había captado el cariño no sólo de parte de los hermanos, sino hasta de los gentiles. En efecto, él era tal como el Espíritu Santo declaró debe ser el obispo por boca de aquel vaso de elección, el bienaventurado Pablo, doctor de las naciones. De ahí que los hermanos que sabían caminaba su obispo a tan grande gloria, más bien se alegraban que se dolían.

De camino, muchos, movidos de fraterna caridad, ofrecían a los mártires que tomaran un vaso de una mixtura expresamente preparada; mas el obispo lo rechazó, diciendo:

—Todavía no es hora de romper el ayuno. Era, en efecto, la hora cuarta del día; es decir, las diez de la mañana. Por cierto que ya el miércoles, en la cárcel, habían solemnemente celebrado la *estación*. Y ahora, el viernes, se apresuraba, alegre y seguro, a romper el ayuno con los mártires y profetas en el paraíso, que el Señor tiene preparado para los que le aman.

Llegados que fueron al anfiteatro, acercósele al obispo un lector suyo, por nombre Augustal, y, entre lágrimas, le suplicó le permitiera descalzarle. El bienaventurado mártir le contestó:

—Déjalo, hijo; yo me descalzaré por mí mismo, pues me siento fuerte y me inunda la alegría por la certeza de la promesa del Señor.

Apenas se hubo descalzado, un camarada de milicia, hermano nuestro, por nombre Félix, se le acercó también y, tomándole la mano derecha, le rogó que se acordara de él. El santo varón Fructuoso, con clara voz que todos oyeron, le contestó:

—Yo tengo que acordarme de la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

Puesto, pues, en el centro del anfiteatro, como se llegara ya el momento, digamos más bien de alcanzar la corona inmarcesible que de sufrir la pena, a pesar de que le estaban observando los soldados beneficiarios de la guardia del pretorio, cuyos nombres antes recordamos, el obispo Fructuoso, por aviso juntamente e inspiración del Espíritu Santo, dijo de manera que lo pudieran oír nuestros hermanos:

—No os ha de faltar pastor ni es posible falle la caridad y promesa del Señor, aquí lo mismo que en lo por venir. Esto que estáis viendo, no es sino sufrimiento de un momento.

Habiendo así consolado a los hermanos, entraron en su salvación, dignos y dichosos en su mismo martirio, pues merecieron sentir, según la promesa, el fruto de las santas Escrituras. Y, en efecto, fueron semejantes a Ananías, Azarías y Misael, a fin de que también en ellos se pudiera contemplar una imagen de la Trinidad divina. Y fué así que, puestos los tres en medio de la hoguera, no les faltó la asistencia del Padre ni la ayuda del Hijo ni la compañía del Espíritu Santo, que andaba en medio del fuego.

Apenas las llamas quemaron los lazos con que les habían atado las manos, acordándose ellos de la oración divina y de su ordinaria costumbre, llenos de

gozo, dobladas las rodillas, seguros de la resurrección, puestos en la figura del trofeo del Señor, estuvieron suplicando al Señor hasta el momento en que juntos exhalaban sus almas.»

Felipe y Hermes

Cambiamos de tiempo y de lugar.

Nos encontramos en Adrianópolis y en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano.

Felipe, obispo de Heraclea y Hermes, diácono, han sido conducidos a ella para ser juzgados por el Gobernador Justino, después de haber pasado varios meses en la cárcel.

El Gobernador interroga a Felipe.

«— ¿Qué has decidido al fin? Te he concedido esta dilación para que pudieras pensarlo bien y cambiar de parecer. Sacrifica, pues, si quieres salvarte.» El Obispo responde con entereza: «— Si hubiéramos estado por propia voluntad en la cárcel en que permanecemos hasta ahora, con razón podrías hablar de un favor, pero si fué más bien castigo que propia voluntad, ¿por qué consideras un favor el tiempo que concediste? Por lo que a mí toca ya lo dije antes: soy cristiano y te lo repetiré siempre que me interrogues.»

Es sometido a una tan cruel verberación que quedaron al descubierto los intestinos del valeroso anciano.

Tres días después son de nuevo puestos en presencia del Gobernador. Este les reprocha ásperamente la temeridad de desobedecer al Emperador. «A los Emperadores, responde Felipe humildemente, pero con firmeza, he obedecido y me apresuro a obedecerles siempre que mandan cosas justas, porque la Escritura divina nos manda dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César... Ten presente las palabras que te he repetido varias veces y con las que me declaro cristiano y me niego a sacrificar a vuestros dioses.»

El Gobernador se vuelve a Hermes y le exhorta a que no imite a Felipe, anciano ya caduco, sino que sacrifique para poder gozar de los bienes de la vida.

Todas las tentativas resultan inútiles también en él. Entonces el Gobernador reúne desesperado su consejo y dicta sentencia de muerte. «Felipe y Hermes, dice ésta, se han hecho extraños al nombre de romanos al desobedecer al Emperador: mandamos, pues, que sean quemados vivos para que los demás conozcan con mayor facilidad cuánta ruina acarrea despreciar los mandatos imperiales.»

Los condenados son inmediatamente conducidos al suplicio.

Felipe no tiene fuerzas a causa de su vejez y de los terribles

suplicios infligidos y es llevado en peso. Hermes le sigue a pie, muy lentamente también, pues apenas puede valerse.

Se excavan dos fosas en el suelo y al lado de cada una se pone un palo fijado en la tierra. A Felipe le colocan con los pies dentro de su fosa y fijan al palo las manos que llevaba atadas a las espaldas; luego llenan la fosa con tierra hasta las rodillas del condenado. A Hermes le mandan que baje por sí mismo, pero a causa de la debilidad de sus piernas tiene que apoyarse en un bastón. El Santo mártir exclama sonriendo: «Ni siquiera aquí, diablo, puedes sostenerme.»

Amontonan leña en torno de las dos fosas, pero Hermes se ha acordado repentinamente de algo que le interesaba. Llama a un cristiano de los allí presentes antes de que enciendan el fuego y le encarga que vaya a su hijo y le recuerde que ha de restituir a cada uno su respectiva propiedad: es que como magistrado civil y como diácono había recibido en depósito varias sumas de personas particulares que tenían en él absoluta confianza.

«Eres joven, mandaba decir a su hijo, y debes ganarte la vida trabajando, como lo hizo tu padre.»

Fueron las últimas palabras del mártir.

Encienden el fuego y quedan asfixiados primero por el humo y luego alcanzados por las llamas.

De meretriz a mártir de Jesucristo

Se llama Afra y era natural de Augusta Vindelicorum, en Recia, la actual Ausburgo. Ignoramos la causa de su arrepentimiento y conversión de su mala vida. Lo cierto es que salió del pecado con las mayores ansias de expiarlo y de entregarse del todo a Dios.

El vicio le había proporcionado considerables riquezas que ella quiso repartir entre los pobres, pero ¡cosa notable!, si bien tan en consonancia con la pura religión cristiana, los fieles, aunque necesitados, se negaron a aceptarlas, porque las consideraron infames.

Son los principios del siglo IV, hacia el año 304. Afra es denunciada al juez como cristiana y arrestada. Se le invita a sacrificar a los ídolos, pero ella responde valientemente que le bastaban los pecados que llevaba cometidos cuando todavía no conocía a Dios y que no quería hacer otros nuevos:

«Ve al Capitolio de la ciudad, le aconsejó el juez y sacrifica.» Afra replicó: «El mejor Capitolio es Cristo que yo tengo ante mis ojos; a él confieso

todos los días mis delitos y pecados.» Insiste Gayo: «Por lo que oigo eres meretriz; sacrifica, pues, ya que no puedes ser del Dios de los cristianos»; pero ¡sabía respuesta la de aquella mujer admirable! «Mi Señor Jesucristo, dijo, que bajó del cielo por amor a los pecadores. Los evangelios testifican que una meretriz regó con lágrimas sus pies y recibió el perdón.»

«Sacrifica, repitió el juez; así serás bien recibida por tus amantes, como lo fuiste siempre y te darán mucho dinero.» La herpina le responde que ya se ha despojado de su dinero, el cual, añade, es tan oprobioso que algunos cristianos pobres no quisieron aceptarlo aun ofreciéndoselo ella con la recomendación de que rogasen a Dios por sus pecados. Gayo le afirma que no es digna de Cristo. «Sin fundamento dices que es tu Dios, le dice, desde el momento que él no te reconoce por suya: siendo meretriz no te puedes llamar cristiana.» «Así es, replica Afra: No merezco en realidad ser llamada cristiana, mas la misericordia de Dios, que juzga no conforme al mérito sino a su piedad, me ha admitido para este nombre.»

«¿Y cómo sabes que te ha admitido para este nombre?»

«Comprendo que no soy rechazada de la faz de Dios porque se me ha admitido a la confesión gloriosa de su santo nombre, por lo cual creo que recibiré indulgencia de todos mis delitos.»

«Esas son fabulas: Sacrifica a los dioses y por medio de ellos obtendrás la salvación.»

«Mi salvación es Cristo, que pendiente de la cruz prometió los bienes del paraíso al ladrón que le confesaba.» «Sacrifica si no quieres que en presencia de tus amantes te haga flagelar.» «No me avergüenzo de nada, a excepción de mis pecados.»

«Acabemos; pues es indecoroso para mí discutir contigo tanto tiempo: si no sacrificas morirás.» «Es lo que deseo, aunque no lo merezca, para hacerme digna de hallar reposo.» «Te haré atormentar y quemar viva.» «Reciba tormentos el cuerpo con el cual he pecado, mas el alma no la mancharé con los sacrificios ofrecidos a los demonios.»

Al fin pronunció el juez la sentencia. Esta decía así: «Afra, meretriz pública, que ha confesado ser cristiana y no ha querido participar de los sacrificios, mandamos que sea quemada viva.»

Era el 7 de agosto. La mujer extraordinaria fué conducida a una pequeña isla del río que pasaba cerca de la ciudad. La despojaron de sus vestidos y la ataron a un palo: ella oraba teniendo los ojos fijos en el cielo y lloraba. Se puso en torno suyo la leña y se le prendió fuego. Cuando las llamas le habían envuelto todo su cuerpo aún se oía la voz de Afra que daba gracias a Jesucristo y se ofrecía a él en holocausto.

Liberto por el martirio

Porfirio es un joven de unos 18 años de edad y natural de Berito, hoy *Beyrut*, en Fenicia. Es esclavo de un hombre sumamente erudito llamado Pánfilo, amigo de Eusebio y que llegó a ser Presbítero en Cesarea de Palestina. Pánfilo ha sido condenado a muerte con otros varios. Sale el grupo de futuros mártires hacia el lugar del suplicio cuando adelantándose de

entre la muchedumbre que le acompaña para presenciar el martirio, reclama un joven en alta voz que se conceda sepultura a los despojos mortales de los confesores de la fe.

Era el joven Porfirio fiel a su señor hasta el último momento.

El juez pregunta entonces si era cristiano el interpelante y él contesta afirmativamente. A la confesión de la fe sigue la más horrible carnicería. El joven es azotado hasta quedar descubiertos los huesos y las entrañas. El indigno juez se siente vencido por la fortaleza del muchacho, que ni ofrece resistencia ni despliega sus labios en ayes de dolor. Lleno de ira le condena el juez a ser quemado a fuego lento. Porfirio se encamina medio deshecho, pero sereno y con la mayor dignidad, al palo a que le habían de atar para el martirio, fijado en medio de un montón de leña y desde allí dirige la palabra a los amigos y curiosos presentes. Es atado al palo y encendido el fuego en su alrededor; el invicto mártir vuelve a una y otra parte la cabeza para aspirar el aire inflamado y el humo que se desprende cual si quisiera acelerar su propio holocausto. Permaneció en profundo silencio mientras las llamas le envolvían y lamían con sus lenguas: Sólo invocaba a Cristo, el Hijo de Dios, por cuyo amor moría y con esta invocación en sus labios rindió su espíritu al Criador.

Afines a la hoguera fueron los suplicios de la *cáldera de aceite hirviendo*, en la que fué metido el Evangelista San Juan, o de betún encendido, en que murió Santa Patamiena, la cal viva y la jaula o lecho de hierro candente del gran mártir San Lorenzo.

V

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (IV)

(LAS FIERAS)

En el Circo Máximo de Nerón. — Atados a un poste. — Otros suplicios.

Fué sin duda el más dramático y espectacular de los suplicios.

Y, ¡cosa significativa!, estuvo en vigor contra los cristianos desde los comienzos hasta el fin de la era martirial; desde Nerón hasta Diocleciano.

A veces venía la condena a esta atroz muerte por parte de la autoridad como castigo; otras para proporcionar fiestas y regocijos públicos a la degradada plebe que, embotada ya su sensibilidad humana, las reclamaba con frecuencia tumultuosamente, en momentos de vesania colectiva, por cualquier pretexto.

Por eso se dió tan repetidas veces.

Tertuliano lo recuerda en su Apologético: «Si el Tíber sube hasta las murallas, si el Nilo no llega hasta los campos que lo rodean, si el cielo se agota y deja de llover, si la tierra tiembla, si sobrevienen hambres y pestes..., al instante se grita: ¡Cristianos a los leones!»

De dos maneras se realizaba el horrendo espectáculo:

Primera, en grupos echados colectiva y gregariamente al redondel del Circo con plena libertad de movimientos y contra los cuales soltaban las fieras para que los devorasen. Segunda, individual o colectivamente también, pero con las víctimas atadas a un poste o a un palo, sin posibilidad de huida ni de lucha.

La primera fué la empleada en los tiempos de Nerón.

Las escenas debieron ser de grandeza trágica sobrehumana,

al par que de ferocidad y crueldad horripilantes y de ellas ya hicimos alguna mención en uno de los capítulos anteriores. Sienkiewicz las ha descrito con realismo y arte insuperable en su famoso *Quo Vadis?* La narración tiene, a no dudarlo, rasgos e invenciones novelescas, pero está fundada en la realidad histórica de los hechos.

Algo muy parecido al menos debió de suceder.

Traslademos aquí algunas de sus fuertes pinceladas.

En el Circo Máximo de Nerón

«— ¡Los cristianos! ¡Los cristianos!

Apenas rechinaron las rejas en sus goznes, cuando de aquellos lóbregos antros salieron las acostumbradas voces de los mastigóforos, que decían:

— ¡A la arena!

Inmediatamente se vió el redondel invadido por una tropa de seres extraños, que parecían sátiros cubiertos de pieles, y que en precipitada carrera se dirigían hacia el centro, donde se arrodillaban unos junto a otros, alzando las manos al Cielo.

Imaginaron los espectadores que los cristianos imploraban misericordia y comenzaron a silbar, a patear y a lanzar sobre las víctimas cacharros, huesos roídos, cáscaras de frutas y otros desperdicios, gritando:

— ¡Las fieras! ¡Las fieras!

Pero súbitamente enmudecieron todas las voces ante un suceso imprevisto: de aquel grupo de figuras extravagantes, que parecían bestias, surgió un canto armonioso, y en el circo romano resonó por primera vez el himno de la nueva doctrina:

Christus regnat!

El pueblo quedó como atónito y paralizado: las víctimas, con los ojos elevados al velarium, cantaban tranquilamente, mientras sus rostros pálidos parecían irradiar una luz sobrenatural. Está perfectamente demostrado que aquellos hombres no pedían perdón, y que no se preocupaban ni siquiera veían el circo, ni el pueblo, ni al Senado, ni al César.

Aquel extraño canto, *¡Christus regnat!*, vibraba a cada instante más entusiasta, más intrépido, y de abajo arriba, en toda la extensión del anfiteatro; los espectadores se preguntaban quién era aquel Cristo cuyo nombre resonaba como un himno triunfal en los labios de unos miserables que en breve iban a morir.

Abrióse entonces una nueva reja, y se precipitó en el redondel una jauría de perros salvajes, gigantescos, molosos del Peloponeso, mastines de los Pirineos, sabuesos de Hibernia, todos hambrientos, con los jares hundidos y los ojos inyectados de sangre; sus salvajes aullidos llenaron todo el anfiteatro. Los cristianos, después de haber terminado su himno, continuaban arrodillados, inmóviles, repitiendo con triste acento:

— *Pro Christo! Pro Christo!*...

Aunque los perros olfateaban la carne humana bajo las pieles con que se cubrían los cristianos, no se atrevían a acometerles, como si les asombrara el silencio y la inmovilidad de aquellos bultos; algunos perros retrocedían espantados; otros giraban sobre sí mismos como persiguiendo una presa invisible.

El público demostraba su impaciencia gritando desaforadamente, remediando algunos el rugido de las fieras, ladrando otros como verdaderos mastines y azuzando a los animales en todos los idiomas del mundo. Los perros, completamente aturridos, lanzaban gruñidos sordos, y continuaban alejándose de las víctimas; por fin, uno de ellos hundi6 sus uñas en la espalda de una mujer que estaba arrodillada en la delantera del grupo y en el mismo instante todos los demás animales se arrojaron sobre la presa, como si se tratara de un verdadero asalto. Calló entonces el pueblo, para mejor disfrutar del espectáculo. Entre los ladridos de los perros se oían algunas dolientes invocaciones:

— *Pro Christol Pro Christol...* — mientras rodaban por la arena los cuerpos despedazados, de donde brotaba la sangre a torrentes.

Los animales se disputaban entre sí raptosamente los despojos humeantes; y el vaho de la sangre y de las entrañas desgarradas se dilataban por el inmenso recinto, sobreponiéndose a los balsámicos aromas de los pebeteros. Las pocas víctimas que de trecho en trecho aún permanecían vivas y arrodilladas fueron desapareciendo rápidamente entre aquella horrible masa informe y sanguinolenta...

Nuevas víctimas, destinadas a renovar el espectáculo.

Del mismo modo que las anteriores, se arrodillaron y se pusieron en oración; pero los perros, ahitos ya y fatigados, no se acercaron a ellas; solo alguno que otro se abalanzó a las que tenía más cercanas, mientras el mayor número se echaba en el suelo, comenzando a bostezar y a relamerse los hocicos sangrientos. Entonces el pueblo, insaciable en sus deseos de carnicería y ebrio de sangre, gritó furiosamente:

— ¡Los leones! ¡Los leones!... ¡Soltad los leones!

Se había pensado reservar los leones para el día siguiente; pero en el anfiteatro no había más ley que la voluntad del pueblo, que solía sobreponerse aun a la del mismo César. Sólo Calígula, tan audaz como voluble, había osado algunas, aunque pocas veces, resistir a los caprichos populares, mandando apalear a los más atrevidos, aunque casi siempre se había visto obligado a ceder.

Pero Nerón, que no conocía placer más deseable que el de ser aplaudido, jamás se oponía a semejantes exigencias; y en la ocasión presente accedía con tanto mayor gusto cuanto que se trataba de amansar a las muchedumbres exasperadas por el incendio de que se acusaba a los cristianos, sobre quienes había que echar toda la responsabilidad de la catástrofe.

Hizo, pues, señal de que se abriese el cubículo, y los que vociferaban se sesegaron inmediatamente. Abriéronse las rejas que guardaban a los leones, y saltaron éstos al redondel, grandes, poderosos, magníficos, irguiendo fieramente las cabezas melenudas y avanzando con paso lento hacia el centro del anfiteatro. A su vista espantáronse los perros, y corrieron a acurrucarse en el extremo opuesto, lanzando temerosos aullidos.

El mismo César volvió con interés su mirada hacia donde estaban los leones, y los contempló largo rato a través de su lente de esmeralda. Los augustales saludaban a aquellas hermosas fieras con entusiastas aplausos; los plebeyos las contaban con los dedos, y observaban con refinada crueldad la impresión que producían en los cristianos, los cuales, arrodillados en la arena, repetían sin cesar aquellas palabras: *Pro Christol Pro Christol...* que exasperaban a la multitud por lo mismo que no las comprendían.

A pesar de que los leones estaban hambrientos, no se apresuraron a lanzarse sobre la presa; la intensa luz rojiza que reflejaba la arena los deslumbraba, obligándoles a parpadear. Se habían detenido y estiraban perezosamente sus patas amarillas, o abrían la boca enorme para bostezar, como si quisieran enseñar sus afilados dientes a la multitud.

Por fin el olor de la sangre y la vista de los cadáveres destrozados que se amontonaban en la arena comenzaron a despertar sus feroces instintos; con las melenas erizadas, iban de acá para allá olfateando aquellas emanaciones, dilatando desmesuradamente las narices y lanzando a la vez gruñidos roncos; uno de ellos se lanzó sobre el cadáver de una mujer, y apoyando sus garras delanteras en el rostro destrozado, empezó a lamer la sangre coagulada; otro se acercó a un hombre que sostenía en brazos a un pequeñuelo cubierto con una piel de gamo; el niño, lanzando gritos desgarradores a la vista de la fiera, se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre, el cual procuraba desasirse de él para entregárselo a alguno de los que estaban detrás; pero el llanto de la criatura y los movimientos del padre irritaron al león, que, lanzando un espantoso rugido, deshizo al niño de un zarpazo y sepultó entre sus mandíbulas la cabeza del padre, que devoró inmediatamente.

Entonces comenzó el ataque general, y todos los leones se arrojaron sobre los cristianos. Los gritos de espanto, que algunas mujeres no podían reprimir, eran ahogados entre los frenéticos aplausos del pueblo, que bien pronto volvió a serenarse, ansioso de no perder el más leve incidente de aquella repugnante carnicería.

El cuadro era espantoso: cabezas humanas que se hundían en las enormes fauces de las fieras; pechos y vientres abiertos de un solo zarpazo; vísceras extendidas por la arena; huesos que se rompían crujiendo entre las férreas mandíbulas.

Algunos leones, agarrando a sus víctimas por los costados o por la espalda, emprendían desaforadas carreras y saltaban locamente por el redondel, como buscando algún lugar seguro donde devorar tranquilamente su presa; otros se disputaban las víctimas, levantándose sobre sus patas traseras y luchando como gladiadores, entre los delirantes aplausos de la muchedumbre.

Los circunstantes se hallaban ya poseídos de tan violenta excitación, que abandonaban sus asientos y bajaban a las galerías inferiores para ver mejor; hubiérase dicho que, embriagados por los vapores de la sangre, iban a saltar al redondel para acompañar a las fieras en aquel festín de carne humana.

A veces resonaban en el circo gritos de supremo dolor, que se mezclaban en confusión horrenda con rugidos de león, rechinar de dientes y aullidos espantosos, y en algunos instantes sólo se oían quejidos lastimeros... El César miraba de hito en hito a través de su esmeralda.»

Atados a un poste

La segunda manera debió de ser más cruel aún para los pacientes y moralmente más angustiosa.

Se comenzaba por exhibir al público que aplaudía frenéticamente la diversión que se le proporcionaba, a los reos que habían de morir. A este efecto se ordenaba con ellos una procesión macabra, la verdadera procesión de la muerte, por el redondel del anfiteatro, cuya arena había pronto de enrojecerse. Luego, subían a las víctimas a un estrado construido en el centro y elevado para que cómodamente pudiera ser observada la brutal carnicería. Allí las ataban a un poste y soltaban contra ellas las fieras, las cuales se acercaban primero cautas y recelosas, deslumbradas quizás por los reflejos de la

luz sobre la arena y, subiendo por las gradas o por el plano inclinado, se lanzaban sobre ellas.

Podemos imaginar el horror de aquellos momentos trágicos.

Las pobres víctimas, indefensas e imposibilitadas de moverse, veían merodear a su alrededor o acercarse a ellas en ademán de feroz acometida, siniestros y horribles, al tigre, la pantera, al león o al oso... Era el despiadado castigo a que Dante sujetó en su infierno a un malvado joven, condenado a convertirse en serpiente, quien, amarrado a un palo y desorbitados los ojos, miraba helado de espanto la fatídica culebra que se le echaba encima erguida sobre su cabeza y sibilante.

De este modo murieron muchos cristianos: los diez mártires de Filadelfia; los de Lión; Santa Perpetua y Felicitas y compañeros, en Cartago; Santa Tecla, Agapito y Adriano, en Cesarea; varios en Fenicia y muchos otros lugares.

¡Y qué actos de desprecio de la vida y de heroísmo que parece sobrehumano, no realizaron!

Hubo algunos, como el tantas veces mencionado San Ignacio, que ansiaron ser molidos como trigo de Cristo entre los dientes de las fieras. Otros las incitaban ellos mismos cuando las veían remisas, para que los descuartizaran cuanto antes; otros permanecían como insensibles, cual nos refiere Eusebio de cierto joven, que habiendo quedado desatado y libre para poder huir, no lo hizo, sino que aguardó inmutable y sereno en su sitio, endiosado y puestos en cruz los brazos, esperando la fatal acometida...

Copiemos el precioso documento eusebiano referente a los mártires de Tiro, de los que él mismo fué testigo presencial. En él vemos también el hecho insólito de que había hablado ya, dos siglos antes, San Ignacio y que parece que se repitió con frecuencia, y es que las fieras no querían acercarse a los cristianos y aun huían de ellos como repelidos por una fuerza superior, aun revolviéndose y dando muerte a los gentiles que les azuzaban hacia ellos:

«Nosotros mismos, dice el citado historiador, asistimos a tales acontecimientos...; durante mucho tiempo, las fieras devoradoras de hombres, no osaban tocar ni acercarse siquiera a los cuerpos de los amigos de Dios; y lanzábanse, por el contrario, contra los otros, los paganos, que con agujones las excitaban; solamente a los santos atletas aunque estuvieran de pie y desnudos y con las manos les hicieron señas para atraerlas, no los tocaban las fieras. Y si acaso se lanzaban también hacia ellos, se veían repelidos como con una fuerza divina y volvían a retroceder. Este hecho duró mucho tiempo y causó no poca sorpresa a los espectadores; de manera que no habiendo hecho nada la primera fiera se echaba la segunda y una tercera contra el mismo mártir...

Era cosa para quedarse atónitos el presenciar la impávida constancia de

aquellos santos y la resistencia inflexible de aquellos cuerpos jóvenes. Así se pudo ver a uno que apenas había cumplido los veinte años de edad, que sin cadenas y de pie, con los brazos extendidos en forma de cruz y con la mente imperturbable y tranquila se entretenía en dirigir con calma perfecta plegarias a Dios, no moviéndose ni retirándose de su lugar cuando osos y leopardos que respiraban furor y muerte, casi le tocaban las carnes; pero, no sé de qué manera, por una fuerza celeste y arcana, tenían las fauces como cerradas y luego, corriendo se volvían atrás. Es lo que sucedió con este mártir. Se podían ver otros, eran cinco en conjunto, expuestos a un toro furioso el cual, arrojando con sus cuernos al aire a los extraños que se adelantaban los dilaceraba, dejándolos medio muertos; en cambio, precipitándose con furia y amenaza contra los sagrados, solamente a ellos no podía aproximarse sino que pataleaba y embestía con los cuernos a una parte y a otra y, respirando furor y amenaza, por verse azuzado con hierros candentes, era empujado hacia atrás por la santa Providencia. De modo que no habiéndoles hecho mal alguno, eran lanzados contra ellos otras fieras. Por fin, después de estos terribles y diversos asaltos, los pasaron a todos a filo de espada y, en vez de entregarlos a la tierra y al sepulcro, fueron arrojados a las olas del mar» (Hist. Ecl., VIII, 7, 2-6).

Otros suplicios

Nombremos dos nada más para terminar este capítulo: la CRUCIFIXIÓN y la SUMERSIÓN.

La CRUCIFIXIÓN, el más sagrado de todos y santificado por el Divino Redentor, fué usado frecuentemente tanto en el pueblo judío como en Roma. Era infamante al par que cruel. No se daba más que a los grandes criminales y en el Imperio, sólo a los esclavos.

En él murió el Príncipe de los Apóstoles en el primer siglo; San Simeón, Obispo de Jerusalén, en el segundo; los Santos Teodulo Agrícola, Timoteo y otros muchos. En Egipto, y durante la persecución de Diocleciano, fueron varios los crucificados, según el testimonio de Eusebio, con la cabeza hacia abajo y dejados en el suplicio hasta acabar por agotamiento.

De la SUMERSIÓN afirma también el mismo historiador que, apenas publicado el primer edicto de Diocleciano, «innumerables fieles» fueron atados y conducidos en barcas a altar mar en donde les arrojaron a las olas. En Roma fueron precipitados en el Tíber, desde lo alto del puente, dos mártires en el año 304. Otros fueron arrojados al mar en Egipto y en Siria. En Palestina lo fué el mártir Ulpiano, metido en una piel de buey y en compañía de un áspid y de un perro. Era el feroz castigo impuesto antiguamente a los parricidas y ya en desuso, pero restablecido de nuevo contra los cristianos, con los cuales todo parecía lícito.